

## *El carro*

*Yo no sabía que la libertad no es una recompensa o una condecoración que se celebra con Champagne. Ni siquiera es un regalo, o u na caja de delicadezas para hacerte relamer. ¡Oh no! Todo lo contrario. La libertad es una escogencia y una larga carrera, muy solitaria y agotadora. Sin amigos que levanten la copa mirándote con afecto. Solitario en un cuarto prohibido, solitario en el cubículo de un prisionero frente a los jueces y solitario para decidir frente a ti mismo y frente al juicio de los otros. Al final la libertad es una sentencia, por eso es tan pesada de cargar, especialmente cuando tienes fiebre, estás desamparado o no amas a nadie.*

*Albert Camus. La caída.*

Marioco y Leo llevan prisa. Leo se nota nervioso, es su primera salida.

—Si hoy te portás a la altura mano, dala por hecho, sos parte de la mara. Es más, como sos mi hermano, hasta mando te doy.

Leo viste una camiseta sin mangas para exhibir los tatuajes en sus dos hombros: dos máscaras con la cara de la luna. También lleva el cinturón que le regaló su madre con su signo del zodiaco y el collar con la pieza de metal cuadrada con la insignia de la mara "Luz y Ley". Mira con admiración a su hermano mayor que hasta el día de hoy ha ocupado el lugar de su padre ausente.

—Eso sí, si calculás que te vas a ahuevar, mejor te quedás con mi mamá haciéndole los mandados, como que fueras marica.

Para darse valor, Leo toca la pistola que lleva escondida en la pequeña mochila que cuelga de su hombro. Fue el regalo que su hermano le hizo cuando cumplió catorce años.

—A mi mamá la ayudo por respeto, pero vos ni te preocupés, yo echo verga parejo. Marioco lo mira con enojo y ríe con sarcasmo.

—Dejate de valentonadas. Has estado pegado a las faldas de mi mamá desde chiquito. Sólo acordate: si me fallás te meto un plomazo, cabrón. Esto es asunto de hombres. En la sexta vamos a juntarnos con los otros muchachos.

María Elena sale a la calle. Cuida su bolso, apretándolo bajo el brazo. Hoy le pagaron. Mientras camina para tomar la camioneta, va mirando las vitrinas llenas de objetos que no puede comprar. Los pájaros cantan sobre la avenida La Reforma, igual que cada atardecer.

La parada del bus está atiborrada. Ésta es la hora de salida del trabajo: secretarias, empleados de oficina, mensajeros. Todos hacen un esfuerzo para verse tan arreglados como lo exigen sus trabajos ciudadanos. Trajes mal cortados, camisas gastadas y zapatos de tacones torcidos son inofensivos estigmas que traicionan las apariencias. A esta hora, los esfuerzos para maquillar su pobreza y entrar en el ritmo de una ciudad que se mueve a fuerza de imágenes de éxito, parecen desplomarse. Las aglomeraciones de la turba que batalla para alcanzar espacio en un bus desvencijado, distorsionan la atmósfera sofisticada de los edificios de vidrio.

El bus se detiene en la parada, repleto como siempre. María Elena entra con dificultad y busca algún espacio en la parte de atrás, cerca del agujero que dejó la puerta trasera, cuando

meses atrás se cayó. Cerca de ella, un hombre con pelo muy sucio escucha el radio, apoyándose en él, contra la ventana.

En la siguiente parada, mucha gente baja.

Varios muchachos jóvenes se suben. Sus tatuajes y la insolente expresión de su rostro son la seña: pertenecen a una pandilla. En el interior del bus, la gente se pone nerviosa. Tratan de permanecer tan indiferentes como pueden.

A María Elena la recorre un escalofrío que le advierte que algo malo va a pasar. Intenta bajarse, pero es demasiado tarde, el muchacho más joven ha puesto la pistola en la cabeza del chofer y lo obliga a continuar la marcha.

—Vamos a dar un paseíto... pedazos de mierda, dice Marioco con una voz áspera.

El pandillero recorre con su mirada opaca a la gente aterrorizada y les dispensa una sonrisa malévolamente. Los otros dos muchachos exigen las joyas de bagatela, celulares y dinero de los pasajeros. Los zapatos tenis de un jovencito llaman la atención de uno de los pandilleros. Le pega con la pistola en la cabeza y un hilo de sangre atraviesa su rostro.

—Mirá bueno para nada, escupe Giovanni sobre el rostro asustado, te me vas a quitar los zapatos rapidito y me los estás entregando ya. Sos muy feo. Estos rieles son demasiado buenos para vos. Sus palabras van acompañadas de una risa burlona.

La parada siguiente se acerca. María Elena mira ansiosamente hacia la puerta abierta justo a su derecha.

Marioco, dirigiéndose a Leo grita:

—¡Bey, Leo! Mirá que el chofer hijo de puta pare, hay dos hembritas, esperando para ir de paseo.

Leo un poco intimidado, acerca el cañón de la pistola a la cabeza del chofer. Exagerando el tono grosero se dirige al chofer del bus:

—Ya oíste vos, cerote, pará el bus.

El bus se detiene. Giovanni va acercándose peligrosamente a María Elena en la parte trasera. Ella se paraliza de miedo y trata de esconder su bolsa sentándose encima de ella.

Con agonía escucha los silbidos y flirteos obscenos con los que los mareros reciben a las muchachas. Ellas se cubren el rostro con sus cabellos, riéndose con angustia, vestidas con sus faldas cortas y sus piernas gordas.

El bus empieza a marchar dubitativo, pero pronto sube la velocidad cuando Leo presiona de nuevo la pistola en la cabeza del chofer. Marioco mira viciosamente a las mujeres que acaban de entrar, lamiendo con la lengua su labio inferior.

—Putas, vos Giovanni, dice Marioco, vení paracá, vos hueco. Mirá qué buenas están las putas recalientes que tenemos aquí.

Giovanni continúa interesado en robar lo más posible a la gente de atrás.

—Esperate, vos... todavía hay mucha lana aquí atrás, habla abstraído por la codicia del botín.

Marioco le apunta con la pistola desde la parte de enfrente del bus. Un bosque de cabezas se alza entre los dos. La gente se estremece.

Giovanni, sumiso y obediente, replica:

—No te pongás grueso vos... Si ya voy, hombre, masculla mientras acude al llamado de su jefe.

Marioco toma a una de las muchachas y la acerca al pecho del otro delincuente. La muchacha se estremece entre Marioco y Giovanni. Marioco hace movimientos sexuales por la parte de enfrente.

—Subile la falda... ¿usa tanga, vos?, Marioco pronuncia estas palabras con marcada lascivia.

Giovanni la toca por detrás. La muchacha cierra los ojos y las lágrimas le corren por el rostro.

—Sí... ya se me está parando.

—Y ¿qué esperas, pues?... cogétela por detrás,

Marioco ríe con ganas.

El bus se acerca a la próxima parada. Marioco camina hacia la parte trasera. Los sollozos de la muchacha que es ultrajada imponen un silencio escalofriante. La mano de Leo, espantado por la violación que presencia, tiembla. El chofer del bus, avasallado por el temor, apenas logra mantener el control del timón.

María Elena ve acercarse la parada. Los segundos parecen eternos. Los frenos lanzan un ruido estridente que parece que llegará a la eternidad. Como si fuera un sueño, María Elena se da cuenta que el bus no se mueve. Entonces, no piensa, hace el intento de saltar por la puerta trasera, pero sobre ella cae Marioco como una pantera. Con un miedo animal, María Elena lo muerde. Marioco la abofetea y con su fuerza la domina. La lleva hasta la parte de enfrente en el bus.

-Esta hija de puta se quería pasar de lista.

De aquí no sale nadie cerotes. Yo mando, aunque les caiga en la verga.

El bus prosigue la marcha. Marioco agarra a su hermano del cuello y lo empuja sobre María Elena.

—A ver, hermanito, ahora te toca el bautizo. Demostrá que sos tan deahuevo... ahora sí, llenate la boca con eso que sos tan macho: coquete a esta cerota para quitarle las ganas.

Leo está sudando. Sus ojos se cruzan con los de María Elena. El rostro de una señora desdentada lo afronta. Sus labios arrugados murmuran sin voz. Mueve la cabeza en señal de desaprobación.

Leo toma una decisión. Se voltea contra su hermano, le apunta y sin pensarlo, dispara. La bala le atraviesa la pierna y Marioco cae al suelo, soltando el arma. La mano de Leo arrebata el volante del bus al chofer, toma control de su dirección y con un viraje violento, lo estrella contra un árbol. Los otros pandilleros saltan asustados y salen corriendo, intentando no ser atrapados en las calles. Leo apunta con la pistola a Marioco que yace en

el suelo.

—Agradécele a mi vieja que no te mato, dice Leo mirando fijamente a su hermano. Pero eso sí, te advierto, yo tomo las decisiones a partir del día de hoy.